

**Material de formación política de la
«Cátedra Che Guevara – Colectivo AMAUTA»
Universidad de los Trabajadores - IMPA**



El Che Guevara y la historia de América Latina

*** Che Guevara: “Mensaje a los argentinos”**

*** Che Guevara: “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”**

*** Néstor Kohan: El enigma de Bolivia
y la cuestión nacional inconclusa de Nuestra América
[Fragmento del libro *En la selva***

(Los estudios desconocidos del Che Guevara en Bolivia)]



Mensaje a los argentinos el 25 de mayo de 1962

Ernesto Che Guevara

A los compañeros argentinos

Queridos compatriotas de toda América, queridos coprovincianos los que hoy festejamos una de nuestras fechas patrias:

Este momento, repetido muchas veces en el curso de nuestras vidas, tiene hoy una significación especial, un tono y un colorido especial. Es aquí en otro país de América, en nuevas condiciones de América, donde festejamos una vez más el 25 de Mayo, y esta vez no se escuchan los discursos consabidos y no existe la fanfarria consabida, las palabras huecas con que los gobernantes de turno tratan siempre de hacerse copartícipes en la gloria de los viejos próceres. El 25 de Mayo, aquí en Cuba, tiene para nosotros pues, características especiales, tan especiales como que un argentino de voz extranjera, a nombre del gobierno cubano, salude y agasaje a todos ustedes y les trasmita la felicitación de nuestro gobierno. Son las nuevas condiciones de América, condiciones que han ido madurando a través del tiempo, que han ido consolidando esta nueva Era en que vivimos, este nuevo momento histórico del cual Cuba tiene la gloria especial de ser el iniciador en América. Por eso al hablar de movimientos emancipadores, al recordar las viejas gestas de nuestras guerras de independencia, tenemos forzosamente que recordar la Cuba de hoy, porque esta Cuba de hoy es parte de un viejo esfuerzo de las masas por obtener su liberación definitiva, esfuerzo que ni siquiera en Cuba ha alcanzado un éxito total, todavía tenemos que luchar para liquidar viejas formas económicas que nos oprimen, para librarnos de todos los problemas que nos ha traído en nuestro desarrollo la dependencia de los capitales extranjeros, la dependencia fundamentalmente de los monopolios norteamericanos y para defender la parte de libertad y de bienestar de nuestro pueblo que hemos logrado en estos años de lucha.

El 25 de Mayo de 1810 significó en América un grito más dentro de los muchos gritos que se dieron por aquella época en diversos países. El monopolio español estaba ya llegando a sus finales, y por todos lados los pueblos trataban de ganar su libertad. En Bolivia, un año antes se había dado un grito parecido. Por el otro lado de América, había empezado ya también la lucha por la libertad. No fue ese grito del 25 de Mayo de 1810 ni el primero ni el único, sin embargo tuvo la virtud especial de afianzarse y consolidarse, tuvo la virtud del triunfador en aquellos momentos.

Y la Revolución Cubana hoy ha sido igualmente, no el único grito, ni siquiera el primero, ha habido en esta época gloriosas revoluciones que han tratado de dar el paso que hoy dio la Revolución Cubana, pero todavía no estaban todas las condiciones dadas y los gobiernos surgidos de movimientos populares fueron derrocados. El caso más avanzado, más patético, es el de la Guatemala de Arbenz, que fue destrozada por los monopolios norteamericanos. Cuba también como los héroes del 25 de mayo de 1810, no tiene una virtud especial, no es nada más ni nada menos, que la exposición de cómo un pueblo puede lograr su victoria, no original, no en base a planteamientos que se hayan imaginado por primera vez, no usando una estrategia por primera vez descubierta

en la historia, simplemente, aprovechando el momento histórico en que se desarrolló, utilizando acertadamente la estrategia revolucionaria, unificando a todas las masas anhelantes de un cambio mediante el liderazgo de un movimiento que supo en un momento dado interpretar las aspiraciones del pueblo cubano, bajo la dirección de un líder de características extraordinarias que, como todos los grandes líderes, supieron aglutinar a todo el pueblo de Cuba, y en las condiciones especiales en que nosotros estábamos, luchando desde la Sierra en las difíciles condiciones de la guerrilla, en los campos, unificar un ejército campesino que avanzó sobre las ciudades, que unió a sí a la clase obrera, que derrotó al ejército en una y en muchas batallas campales, y que llegando desde el campo entró en la ciudad y después se dedicó sistemáticamente a destruir el viejo orden establecido, empezando naturalmente por el arma más poderosa de la reacción que es el ejército, porque no hay revolución triunfante que no tenga como imposición primera la de cambiar totalmente al ejército vencido, reemplazarlo por un nuevo ejército y establecer el dominio de clase. Eso hicimos nosotros, y ésa es nuestra virtud, esa es la experiencia que podemos mostrar a los pueblos del mundo y sobre todo a los pueblos de América, con más fuerza, con más patetismo, porque hablamos el mismo idioma, hemos vivido la misma experiencia, y nos entendemos muy fácilmente cuando estamos en uno u en otro país.

Por eso mostramos aquí una experiencia naturalmente no la única, no pretendemos de ninguna manera que esta experiencia cubana marque el único camino para la liberación de América, pero sí uno importante, la demostración efectiva de que los ejércitos represivos se pueden destruir, que el pueblo puede ir armando a su vanguardia combatiente enseñándole a combatir, a destruir al ejército adversario, a acosarlo y al final a pulverizarlo. Podemos nosotros también mostrar aquí como crece, cómo se desarrollan las masas, uno de los fenómenos más interesantes que es el fenómeno del desarrollo de la conciencia revolucionaria.

Todos sabemos que se necesitan, para que haya una revolución, condiciones objetivas y subjetivas, y se necesita que el gobierno objeto de la revolución esté sufriendo embates fuertes y haya perdido su capacidad de reacción. Las condiciones objetivas están dadas en toda América, no hay país de América donde no estén en este momento dadas al máximo, las condiciones subjetivas sin embargo, no han madurado en todos los países con igual intensidad. Nosotros demostramos que en las condiciones especiales de Cuba, las condiciones subjetivas iban madurando al calor de la lucha armada, que la lucha armada, que la lucha armada era un catalizador que agudizaba las luchas, que llevaba hasta el paroxismo estas luchas y que iba haciendo nacer una conciencia. Condiciones subjetivas nosotros las llamamos a la conciencia de la necesidad de un cambio en una situación social dada y a la certeza de la posibilidad de ese cambio. La necesidad de un cambio la conocen muy bien las masas de toda América, la posibilidad de un cambio, la posibilidad de tomar el poder es algo que no siempre se conoce, los pueblos no siempre conocen su fuerza.

Y la lucha armada en Cuba fue desarrollando esa fe del pueblo en su poder, hasta convertirlo en una certeza de la victoria y hasta hacer que esa fe nos hiciera lanzar contra las armas del enemigo, derrotar su superioridad numérica en cuanto a soldados armados, su superioridad de fuego, la superioridad de sus armas modernas, atacarlo a veces en condiciones de uno a diez, y destruirlo en todos sus focos hasta lograr el triunfo. Después llega la otra etapa, la que estamos viviendo, la más difícil, más ardua quizás que la misma etapa de la guerra. Una vez más repito que eso es lo que nosotros

tenemos que mostrar ante ustedes, tenemos la obligación y el deber moral de mostrar tal cual es, no para copiarlo, sí para estudiarlo, sí para analizarlo.

Cuando el tiempo siga su curso, y también la Revolución cubana se convierta en objeto de estudios históricos, y algunos de los que participaron en esta Revolución sean catalogados por las generaciones venideras como héroes de este momento, entonces la Revolución tendrá estas virtudes, las que ahora he enumerado, las virtudes de haber demostrado ante América, lo que puede hacer un pueblo en armas cuando está bien elegida su estrategia revolucionaria, y cuando está bien dirigido su ejército revolucionario.

Naturalmente, en América hay condiciones diferentes. Hay países con grandes condiciones para la lucha de guerrillas, y países con campesinados muy fuertemente desarrollados donde se hace mejor la guerra. Hay países donde la clase obrera, las poblaciones urbanas son mucho mayores y donde las condiciones para una guerra son más difíciles. Nosotros no somos técnicos especialistas en subversión, como hay técnicos especialistas contra la subversión. Sin embargo, sabemos una cosa, y es que un hombre armado vale tanto o más que otro hombre armado, de acuerdo con la ideología con que lleve su rama, y que para que un hombre esté armado, tiene que conseguir un arma y que las armas no nacen por generación espontánea ni están tiradas a la vuelta de la esquina, las armas están en poder del ejército opresor. Para lograr la liberación revolucionaria, hay que tomar las armas, las pocas que haya, y con esas quitar nuevas ramas y convertir el pequeño ejército en un gran ejército popular.

Perdónenme compañeros mi insistencia castrense en las armas. Sucede que estamos evocando un día en el cual el pueblo argentino manifestó su decisión de tomar la independencia contra el poder español y después de hacer el Cabildo Abierto, y después de aquellas discusiones de las cuales año tras año recordábamos en actos como estos, después de escuchar las manifestaciones de los obispos españoles que se negaban a la independencia y manifestaban la superioridad racial de España, después de todo eso, hubo que instrumentar aquel triunfo político de un momento. Y entonces el pueblo argentino tuvo que tomar las armas y expulsar de todas las fronteras al invasor español, había que asegurar la independencia de la Argentina, asegurando también la independencia de las hermanas naciones de América. Y los ejércitos argentinos cruzaron los Andes para ayudar a la liberación de otros pueblos. Y cuando se recuerda las gestas libertadoras, siempre nuestro orgullo más que el haber obtenido la libertad de nuestro territorio, y haber sabido defenderlo de la intrusión de la fuerza realista, es el haber cooperado a la liberación de Chile y a la liberación del Perú con nuestras fuerzas, con nuestros ejércitos. Aquello era más que un altruismo de las fuerzas revolucionarias, era una necesidad imperiosa, era el dictado de la estrategia militar para obtener una victoria de alcances continentales, donde no podía haber victorias parciales, donde no podía haber otro resultado que el triunfo total o la derrota total de las ideas revolucionarias. Y ese momento de América se repite hoy.

Aquí en esta pequeña isla del Caribe rodeada de mar, rodeada de enemigos también, se vuelve a repetir la historia que la Argentina una vez vivió. Nuestra revolución es una Revolución que necesita expandir sus ideas, que necesita que otros pueblos la abracen, que necesita que otros pueblos de América se llenen de bríos, tomen las armas o tomen el poder, lo mismo da, porque en definitiva al tomar el poder hay que tomar las armas después. Y nos ayuden, nos ayuden en esta tarea que es la tarea de toda América, y que

es la tarea de la humanidad, la tarea global de luchar contra la destrucción del enemigo monopolista, imperialista, que no va a ser derrotado sino cuando el último de sus magnates vaya por lo menos a la cárcel, sino al patíbulo. Que no puede terminar antes, que no puede terminar sino con la derrota total del imperialismo. Y la derrota total del imperialismo se está creando cada día que las fuerzas populares dan batalla y la ganan en cualquier lugar de América o del mundo.

Tan hermanos nuestros, tan hermanos en nuestro destino son los pueblos de América en este momento, como son los pueblos de Asia o del Africa, tan hermanos nos sentimos nosotros en este momento del pueblo de Venezuela, de Paraguay o del Perú, o del pueblo de Argentina, como de los pueblos de Argelia que obtienen su independencia, de los pueblos de Vietnam o de Laos, que todos los días perecen por obtener la independencia.

Todo es parte de una sola lucha, y es verdad cuando el imperialismo lo llama con un denominador común, porque aún cuando las ideologías cambien, aún cuando uno se reconozca comunista, o socialista, peronista, o cualquier otra ideología política en determinado país, sólo caben dos posiciones en la historia: o se está a favor de los monopolios, o se está en contra de los monopolios. Y todos los que están en contra de los monopolios, a todos ellos se les puede aplicar un denominador común. En eso los norteamericanos tienen razón. Todos los que luchamos por la liberación de nuestros pueblos luchamos al mismo tiempo, aunque a veces no lo sepamos, por el aniquilamiento del imperialismo. Y todos somos aliados, aunque a veces no lo sepamos, aunque a veces nuestras propias fuerzas las dividamos en querellas internas, aunque a veces por discusiones estériles dejamos de hacer el frente necesario para luchar contra el imperialismo. Pero todos, todos los que luchamos honestamente por la liberación de nuestras respectivas patrias, somos enemigos directos del imperialismo.

En este momento no cabe otra posición que la de lucha directa o la de colaboración. Y yo sé que ninguno de ustedes es colaborador del enemigo, que ninguno de ustedes está ni remotamente a favor del imperialismo, y que todos están decididamente por la liberación de la Argentina. Liberación, porque la Argentina está de nuevo encadenada, cadenas a veces difíciles de ver, cadenas que no siempre son visibles para todo el pueblo, pero que lo están amarrando día a día.

El petróleo se va por un lado, compañías norteamericanas entran por todos los lados del país, viejas conquistas van cayendo y todo eso se produce lentamente, como un veneno sutil que va penetrando así en la Argentina, como en muchos otros países de América. Sin embargo el pueblo reacciona, reacciona con vehemencia frente a esta penetración que es sutil en términos generales, pero que siempre se asienta sobre las espaldas del pueblo. Y cuando los gobiernos tratan de lavarse las manos con una elección, suceden para ellos fracasos como el de la última vez. Entonces viene la intervención descarada del imperialismo, de sus títeres, de todos sus edecanes. Entonces vuelve una situación conocida y vuelven las luchas de las masas populares. Si los caudillos de la reacción son hábiles, tal vez la encaucen hacia nuevas formas en que pueda permitirse otra burla más. Si los caudillos de la reacción no son lo suficientemente hábiles, o si el pueblo es más avizor que ellos, puede ser que el impulso de las masas llegue más allá de donde se ha llegado hasta ahora, puede ser que se de el paso necesario para que la clase obrera tome el poder. Puede ser que las masas de obreros y campesinos de nuestro país aprendan algún nuevo camino, o sigan caminos ya conocidos y destruyan un poder que está

vacilante ya, que se basa en este momento en el miedo a la bayoneta, en la desunión de nuestras fuerzas, en la falta de conciencia de la posibilidad del cambio, de la posibilidad de la lucha, de la fuerza inmensa del pueblo, de la debilidad comparativamente enorme de la fuerza represiva.

Si nuestro pueblo aprende bien las lecciones, si no se deja engañar de nuevo, si no suceden nuevas y pequeñas escaramuzas que lo alejen del objetivo central que debe ser tomar el poder, nada más ni nada menos que tomar el poder, podrán darse en la Argentina condiciones nuevas, las condiciones que en su época representa el 25 de Mayo, las condiciones de un cambio total. Solamente que en este momento de colonialismo y de imperialismo, el cambio total significa el paso que nosotros hemos dado, el paso hacia la Declaración de la Revolución Socialista y el establecimiento de un poder que se dedique a la construcción del Socialismo. En fin de cuentas el Socialismo es una etapa económica de la humanidad. No podemos escapar, querámoslo o no a pasar por esta etapa. Podemos sí retardarlo y podemos también adelantarlos. Esa es la parte que corresponde de la lucha a los dirigentes de las dos grandes fuerzas en pugna. Si la reacción sabe manejar sus cañones, sus armas de división, su arma de amedrentamiento, quizás durante muchos años podrá impedir que llegue el Socialismo a un país determinado. Pero también si el pueblo sabe manejar su ideología correctamente, sabe tomar su estrategia revolucionaria adecuada, sabe elegir el momento para dar el golpe y lo da sin miedo y hasta el fondo, el advenimiento del poder revolucionario puede ser a muy corto plazo en cualquier país de América y concretamente en la Argentina.

Eso compañeros, el que se repita la experiencia histórica del 25 de Mayo en estas nuevas condiciones, dependen nada más que del pueblo argentino y de sus dirigentes, es decir, depende de ustedes en cuanto a pueblo y en cuanto a dirigentes; de tal manera que también una gran responsabilidad cae sobre ustedes: la responsabilidad de saber luchar y de saber dirigir a un pueblo que hace tiempo está expresando en todas las maneras concebibles su decisión de destruir las viejas cadenas y de liberarse de las nuevas cadenas con que amenaza amarrarlo el imperialismo. Tomemos pues el ejemplo manido de Mayo, el ejemplo tantas veces distorsionado de Mayo, tomemos el ejemplo de la Revolución Libertadora, que salió de sus fronteras, inundó con una ideología nueva, que no era propia, pero que había encarnado en sí para trasladarla a América, y pensemos en estos momentos de América, en estos mismos momentos en que una especie de 25 de Mayo se ha dado en la zona del Caribe, en que desde aquí se lanzan proclamas revolucionarias que llegan a todos los pueblos de América, y que en la Segunda Declaración de la Habana luce algo así como una declaración de los derechos del hombre para los pueblos de aquella época. Pensemos en la unidad indestructible de todo nuestro Continente, pensemos en nuestra economía igualmente distorsionada, igualmente aherrojado cada pueblo por el mismo imperialismo. Pensemos en que somos parte de un ejército que lucha por su liberación en cada pedazo del mundo donde todavía no se ha logrado, y aprestémonos a celebrar otro 25 de Mayo, ya no en esta tierra generosa, sino en la tierra propia y bajo símbolos nuevos, bajo el símbolo de la victoria, bajo el símbolo de la construcción del Socialismo, bajo el símbolo del futuro.

(Cuba, 25 de mayo de 1962)

Táctica y estrategia de la Revolución Latinoamericana

Ernesto Che Guevara

La táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros y la estrategia, el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra.

Karl von Clausewitz

Hemos encabezado estas notas con la cita de una frase de Clausewitz, el autor militar que guerreó contra Napoleón, que teorizó tan sabiamente sobre la guerra y a quien Lenin gustaba citar por la claridad de sus conceptos, a pesar, naturalmente, de ser un analista burgués.

Táctica y estrategia son los dos elementos sustanciales del arte de la guerra, pero guerra y política están íntimamente unidas a través del denominador común, que es el empeño en lograr un objetivo definitivo, ya sea el aniquilamiento del adversario en una lucha armada, ya la toma del poder político.

No se puede, sin embargo, reducir a una fórmula esquemática el análisis de los principios tácticos y estratégicos que rigen las luchas guerreras o políticas.

La riqueza de cada uno de estos conceptos solo puede medirse mediante la práctica combinada al análisis de las complejíssimas actividades que encierran.

No hay objetivos tácticos y estratégicos inmutables. A veces, objetivos tácticos alcanzan importancia estratégica y, otras, objetivos estratégicos se convierten en meros elementos tácticos.

El estudio certero de la importancia relativa de cada elemento, es el que permite la plena utilización por las fuerzas revolucionarias de todos los hechos y circunstancias encaminadas al gran y definitivo objetivo estratégico, la toma del poder.

El poder es el objetivo estratégico sine qua non de las fuerzas revolucionarias y todo debe estar supeditado a esta gran consigna.

Para la toma del poder, en este mundo polarizado en dos fuerzas de extrema disparidad y absoluto choque de intereses, no puede limitarse al marco de una entidad geográfica o social. La toma del poder es un objetivo mundial de las fuerzas revolucionarias.

Conquistar el porvenir es el elemento estratégico de la revolución, congelar el presente es la contrapartida estratégica que mueve las fuerzas de la reacción en el mundo actual, ya que están a la defensiva.

En esta lucha de características mundiales, la posición tiene mucha importancia. A veces es determinante. Cuba, por ejemplo, es una colina de avanzada, una colina que mira al amplíssimo campo del mundo económicamente distorsionado de la América Latina que abre su antena, su ejemplo hecho luz a todos los pueblos de América. La colina cubana es de alto valor estratégico para los grandes contendientes que en este momento disputan la hegemonía al mundo: el imperialismo y el socialismo.

Distinto sería su valor, colocada en otra situación geográfica o social. Distinto era su valor cuando solo constituía un elemento táctico del mundo imperialista, antes de la Revolución. No aumenta ahora sólo por el hecho de ser una puerta abierta a América. A la fuerza de su posición estratégica, militar y política, une el poder de su influencia moral, los `proyectiles morales` son un arma de tan demoledora eficacia que este elemento pasa a ser el más importante en la determinación del valor de Cuba.

Por eso, para analizar cada elemento en la guerra o la política, no se puede hacer extracción del conjunto en que esta situado. Todos los antecedentes sirven para

reafirmar una línea o una postura consecuente, con los grandes objetivos estratégicos. Llevada la discusión al terreno de América, cabe hacerse la pregunta de rigor: ¿Cuáles son los elementos tácticos que deben emplearse para lograr el gran objetivo de la toma del poder en esta parte del mundo? ¿Es posible o no en las condiciones actuales de nuestro continente lograrlo (el poder socialista, se entiende) por vía pacífica?

Nosotros contestamos rotundamente: en la gran mayoría de los casos, no es posible. Lo más que se lograría sería la captura formal de la superestructura burguesa del poder, y el tránsito al socialismo de aquel gobierno que, en las condiciones de la legalidad burguesa establecida llega al poder formal, deberá hacerse también en medio de una lucha violentísima contra todos los que traten, de una manera u otra, de liquidar su avance hacia nuevas estructuras sociales.

Este es uno de los temas más debatidos, más importantes también, y donde quizás nuestra Revolución tenga mas puntos divergentes con otros movimientos revolucionarios de América. Nosotros debemos expresar con toda claridad nuestra posición y tratar de hacer un análisis del porque.

América es hoy un volcán; no esta en erupción, pero está conmovida por inmensos ruidos subterráneos que anuncian su advenimiento. Se oyen por doquier esos anuncios. La Segunda Declaración de La Habana es la expresión y concreción de esos movimientos subterráneos; trata de lograr la conciencia de su objetivo, vale decir, la conciencia de la necesidad y, más aún, la certeza de la posibilidad del cambio revolucionario. Evidentemente; este volcán americano no esta separado de todos los movimientos que bullen en el mundo contemporáneo en estos momentos de confrontación crucial de fuerzas entre dos poderosos conceptos de la historia.

Podríamos referirnos a nuestra patria con las siguientes palabras de la Declaración de La Habana: ¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?

América, tanto como África, Asia y Oceanía, son partes de un todo donde las fuerzas económicas han sido distorsionadas por la acción del imperialismo. Pero no todos los continentes presentan las mismas características; las formas de explotación económica imperialista, colonialista o neocolonialista usadas por las fuerzas burguesas de Europa han tenido que afrontar, no solamente la lucha por la liberación de los pueblos oprimidos de Asia, África u Oceanía, sino también la penetración del capital imperialista norteamericano. Esto ha creado distintas correlaciones de fuerzas en puntos determinados y ha permitido el tránsito pacífico hacia sistemas de burguesías nacionales independientes o neocolonialistas.

En América, no, América es la plaza de armas del imperialismo norteamericano, no hay fuerzas económicas en el mundo capaces de tutelar las luchas que las burguesías nacionales entablaron con el imperialismo norteamericano, y por lo tanto, estas fuerzas, relativamente mucho más débiles que en otras regiones, claudican y pactan con el imperialismo.

Frente al drama terrible para los burgueses timoratos: sumisión al capital extranjero o destrucción frente a las fuerzas populares internas, dilema que la Revolución cubana ha profundizado con la polarización que significó su ejemplo, no queda otra solución que la entrega. Al realizarse ésta, al santificarse el pacto, se alían las fuerzas de la reacción interna con la reacción internacional más poderosa y se impide el desarrollo pacífico de las revoluciones sociales.

Caracterizando la situación actual, la Segunda Declaración de La Habana dice:

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo

determina la voluntad de nadie. Está determinada por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava, semiesclava y feudal del hombre, desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África hasta los núcleos nacionales que surgieron después: blancos, negros, mulatos, mestizos e indios, que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermana la esperanza de un mañana mejor.

Podemos concluir, pues, que, frente a la decisión de alcanzar sistemas sociales más justos en América, debe pensarse fundamentalmente en la lucha armada. Existe, sin embargo, alguna posibilidad de tránsito pacífico; está apuntada en los estudios de los clásicos del marxismo y sancionada en la Declaración de los 81 Partidos, pero en las condiciones actuales de América, cada minuto que pasa se hace más difícil para el empeño pacifista y los últimos acontecimientos vistos en Cuba muestran un ejemplo de cohesión de los gobiernos burgueses con el agresor imperialista, en los aspectos fundamentales del conflicto.

Recuérdese nuestra insistencia: tránsito pacífico no es logro de un poder formal en elecciones o mediante movimientos de opinión pública sin combate directo, sino la instauración del poder socialista, con todos sus atributos, sin el uso de la lucha armada. Es lógico que todas las fuerzas progresistas no tengan que iniciar el camino de la revolución armada, sino utilizar hasta el último minuto la posibilidad de la lucha legal dentro de las condiciones burguesas. Lo importante, como lo señala la Declaración de los 81 Partidos¹.

En relación con la forma que han de adoptar los movimientos revolucionarios luego de tomar el poder, surgen cuestiones de interpretación muy interesantes. Caracterizando la época, la Declaración de los 81 Partidos dice:

Nuestra época, cuyo contenido fundamental lo constituye el paso del capitalismo al socialismo, iniciado por la Gran Revolución Socialista de Octubre, es la época de la lucha de dos sistemas sociales diametralmente opuestos; la época de las revoluciones socialistas y de las revoluciones de liberación nacional; la época del hundimiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial, la época del paso de más y más pueblos al camino socialista; la época del triunfo del socialismo y del comunismo en escala universal.

El principal rasgo de nuestra época consiste en que el sistema socialista mundial se va convirtiendo en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana.

Se establece que, aún cuando es muy importante la lucha por la liberación de los pueblos, lo que caracteriza el momento actual es el tránsito del capitalismo al socialismo.

En todos los continentes explotados existen países en los cuales los regímenes sociales han alcanzado distinto grado de desarrollo, pero casi todos ellos presentan la característica de tener fuertes estratos sociales de carácter feudal y gran dependencia de capitales foráneos.

Lógico sería pensar que en la lucha por la liberación, siguiendo la escala natural del desarrollo, se llegara a gobiernos de democracia nacional con predominio más o menos acentuado de las burguesías y, de hecho, esto ha ocurrido en muchos casos. Sin embargo, aquellos pueblos que han debido recurrir a la fuerza para lograr su independencia han avanzado más en el camino de las reformas sociales y muchos de ellos han entrado al socialismo. Cuba y Argelia son los últimos ejemplos palpables de

los efectos de la lucha armada en el desarrollo de las transformaciones sociales. Si llegamos a la conclusión de que en América la vía pacífica está casi liquidada como posibilidad, podemos apuntar que es muy probable que el resultado de las revoluciones triunfantes en esta región del mundo dará por resultado regímenes de estructura socialista.

Para llegar a esto correrán ríos de sangre. Argelia, que aún no ha restañado sus heridas, el Vietnam que sigue sangrando, Angola, luchando brava y solitariamente por su independencia, Venezuela, cuyos patriotas hermanados con la causa cubana han demostrado en estos días la más alta y expresiva forma de solidaridad con nuestra Revolución, Guatemala, en lucha difícil, subterránea casi, son ejemplos palpables. La sangre del pueblo es nuestro tesoro más sagrado, pero hay que derramarla para ahorrar más sangre en el futuro.

En otros continentes se ha logrado la liberación frente al colonialismo y el establecimiento de regímenes burgueses más o menos sólidos. Esto se ha hecho sin violencia o casi sin ella, pero debe suponerse, siguiendo la lógica de los acontecimientos hasta el momento actual, que esta burguesía nacional en desarrollo constante, en un momento dado entra en contradicciones con otras capas de la población; al cesar el yugo del país opresor, cesara como fuerza revolucionaria y se transformará a su vez en clase explotadora, reanudándose el ciclo de las luchas sociales. Podrá o no avanzarse en este camino por vía pacífica, lo cierto es que indefectiblemente estarán frente a frente los dos grandes factores en pugna: los explotados y los explotadores.

El dilema de nuestra época, en cuanto a la forma de tomar el poder, no ha escapado a la penetración de los imperialistas yanquis. Ellos también quieren `transito pacífico`. Están de acuerdo en liquidar las viejas estructuras feudales que todavía subsisten en América, y en aliarse a la parte más avanzada de las burguesías nacionales, realizando algunas reformas fiscales, algún tipo de reforma en el régimen de tenencia de la tierra, una moderada industrialización, referida preferentemente a artículos de consumo, con tecnología y materias primas importadas de los Estados Unidos.

La fórmula perfeccionada consiste en que la burguesía nacional se alía con intereses extranjeros, crean juntos, en el país dado, industrias nuevas, obtienen para estas industrias ventajas arancelarias de tal tipo que permiten excluir totalmente la competencia de otros países imperialistas y las ganancias así obtenidas pueden sacarse del país al amparo de negligentes regulaciones de cambio.

Mediante este sistema de explotación, novísimo y más inteligente, el propio país `nacionalista` se encarga de proteger los intereses de los Estados Unidos promulgando tarifas arancelarias que permitan una ganancia extra (la que los mismos norteamericanos reexportarán a su país) Naturalmente, los precios de venta del artículo, sin competencia alguna, son fijados por los monopolios.

Todo esto está reflejado en los proyectos de la Alianza para el Progreso, que no es otra cosa que el intento imperialista de detener el desarrollo de las condiciones revolucionarias de los pueblos mediante el sistema de repartir una pequeña cantidad de sus ganancias con las clases explotadoras criollas y convertirlas en aliados firmes contra las clases más, explotadas. Es decir, suprimir las contradicciones internas del régimen capitalista hasta el máximo posible.

Como ya dijimos, no hay en América fuerzas capaces de intervenir en esta lucha económica, y por lo tanto, el juego del imperialismo es bastante simple. Queda como única posibilidad el desarrollo cada vez más impetuoso del mercado común europeo, bajo la dirección germana, que pudiera alcanzar la fuerza económica suficiente como para competir en estas latitudes con los capitales yanquis, pero el desarrollo de las contradicciones y su solución violenta en estos tiempos es tan rápida, tan eruptiva, que

da la impresión de que América Serra mucho antes campo de batalla entre explotados y explotadores, que escenario de la lucha económica entre dos imperialismos. Vale decir: las intenciones de la Alianza para el Progreso no cristalizarán porque la conciencia de las masas y las condiciones objetivas han madurado demasiado para permitir tan ingenua trampa.

Lo determinante en este momento es que el frente imperialismo-burguesía criolla es consistente. En las últimas votaciones de la O.E.A., no ha habido voces discordantes en los problemas fundamentales y sólo algunos gobiernos han tapado púdicamente sus desnudeces con el taparrabos de fórmulas legalistas sin denunciar nunca la esencia agresora, contraria a todo derecho, de estas resoluciones.

El hecho de que Cuba tuviera cohetes atómicos, sirvió de pretexto para que todos se pusieran de parte de los Estados Unidos: Playa Girón no ha hecho el efecto contrario. Ellos saben bien que estas son armas defensivas, saben también quien es el agresor. Sucede que, aunque no lo digan, todos también conocen el verdadero peligro de la Revolución cubana. Los países más entregados y, por ende, más cínicos, hablan del peligro de la subversión cubana, y tienen razón. El peligro mayor que entraña la Revolución cubana esta en su ejemplo, en su divulgación revolucionaria, en que el Gobierno ha podido elevar el temple de este pueblo, dirigido por un líder de alcance mundial, a alturas pocas veces vistas en la historia.

Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que esta dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a las sociedades nuevas y que, cuando se hace, sin consultarlo, un pacto por el cual se retiran los cohetes atómicos, no suspira de alivio, no da gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única; su posición combatiente, propia y única, y más lejos, su decisión de lucha, aun cuando fuera solo, contra todos los peligros y contra la mismísima amenaza atómica del imperialismo yanqui.

Esto hace vibrar a los pueblos. Ellos sienten el llamado de la nueva voz que surge de Cuba, más fuerte que todos los miedos, que todas las mentiras, que los prejuicios, que el hambre secular, que todos los garfios con que se quiere anudarlos. Es más fuerte que el temor a toda represalia, al castigo más bárbaro, a la muerte más cruel, a la opresión más bestial de los explotadores. Una voz nueva de timbres claros Y precisos ha sonado por todos los ámbitos de nuestra América. Esa ha sido nuestra misión y la hemos cumplido y la seguiremos cumpliendo con toda la decisión de nuestra convicción revolucionaria. Podría preguntarse: ¿Y éste es el único camino? ¿Y no se pueden aprovechar las contradicciones del campo imperialista, buscar el apoyo de sectores burgueses que han sido aherrojados, golpeados y humillados a veces por el imperialismo? ¿No se podría buscar una fórmula menos severa, menos autodestructiva que esta posición cubana? ¿No se podría lograr, mediante la fuerza y la maniobra diplomática conjuntas, la supervivencia de Cuba? Nosotros decimos: frente a la fuerza bruta, la fuerza y la decisión; frente a quienes quieren destruirnos, no otra cosa que la voluntad de luchar hasta el último hombre por defendernos.

Y esta fórmula es válida para la América entera; frente a quienes quieren de todas maneras detentar el poder contra la voluntad del pueblo, fuego y sangre hasta que el último explotador sea destruido.

¿Cómo realizar esta revolución en América? Demos la palabra a la Segunda Declaración de La Habana:

En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones el sector

absolutamente mayoritario en proporción que a veces sobrepasa el 70% de las poblaciones latinoamericanas.

Descontando los terratenientes que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son las fuerzas en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de estos, resultan absolutamente impotentes; pierden los hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible que no les ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en ciudades.

La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes se nutre incesantemente de nuevas fuerzas; el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, el poder y los recursos de sus enemigos? El apoyo del pueblo; y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor. Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y de los intelectuales revolucionarios, sin lo cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a este, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas.

Esto es lo que dice la Segunda Declaración de La Habana y es una especie de dictado de lo que ha de ser la revolución en América. No pensar en alianzas que no estén dirigidas absolutamente por la clase obrera; no pensar en colaboraciones con burgueses timoratos y traidores que destruyen las fuerzas en que se apoyaron para llegar al poder; las armas en manos del pueblo, las vastas comarcas de nuestra América como campo de acción, el campesinado luchando por su tierra, la emboscada, la muerte inmisericorde al opresor y, al darla, recibirla también y recibirla con honor de revolucionario, esto es lo que cuenta. Tal es el panorama de América, de un continente que se apresta a luchar, y que, cuanto más pronto empuñe las armas y cuanto más pronto esgrima los machetes sobre las cabezas de los terratenientes, de los industriales, de los banqueros, de los explotadores de todo tipo y de su cabeza visible, el ejército opresor, mejor será.

Sobre si la táctica debe ser siempre la acción guerrillera o es dable realizar otras acciones como eje central de la lucha, se puede discutir largamente. Nosotros basamos nuestra oposición a usar otra táctica en América en dos argumentos:

Primero: Aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo, y esto condiciona una lucha dura y muy larga en la

que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad. En cambio, el núcleo guerrillero asentado en terreno favorable a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario y las fuerzas urbanas, dirigidas desde el Estado Mayor del Ejército del Pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de los grupos urbanos no haría morir el alma de la Revolución, su jefatura, que desde la fortaleza rural seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas.

Segundo: El carácter continental de la lucha. ¿Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América como el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado? Evidentemente no, la lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas represivas.

Los yanquis intervendrán, por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva. Lo aran con todas sus fuerzas, además; castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejaran consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, trataran de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, intentaran ahogar económicamente al nuevo Estado, aniquilarlo, en una palabra.

Dado este panorama americano, consideramos difícil que la victoria se logre en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llega a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La Cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.

No podemos decir cuando alcanzara estas características continentales, ni cuanto tiempo durara la lucha, pero podemos predecir su advenimiento porque es hija de circunstancias históricas, económicas, políticas, y su rumbo no se puede torcer.

Frente a esta táctica y estrategia continentales, se lanzan algunas formulas limitadas: luchas electorales de menor cuantía, algún avance electoral, por aquí; dos diputados, un senador, cuatro alcaldías; una gran manifestación popular que es disuelta a tiros; una elección que se pierde por menos votos que la anterior; una huelga que se gana, diez que se pierden; un paso que se avanza, diez que se retroceden; una victoria sectorial por aquí, diez derrotas por allá. Y, en el momento preciso, se cambian las reglas del juego y hay que volver a empezar.

¿Por qué estos planteamientos? ¿Por qué esta dilapidación de las energías populares?

Por una sola razón. En las fuerzas progresistas de algunos países de América existe una confusión terrible entre objetivos tácticos y estratégicos; en pequeñas posiciones tácticas se ha querido ver grandes objetivos estratégicos. Hay que atribuir a la inteligencia de la reacción el que haya logrado hacer de estas mínimas posiciones defensivas el objetivo fundamental de su enemigo de clase.

En los lugares donde ocurren estas equivocaciones tan graves, el pueblo apronta sus legiones año tras año para conquistas que le cuestan inmensos sacrificios y que no tienen el más mínimo valor. Son pequeñas colinas dominadas por el fuego de la artillería enemiga. La colina parlamento, la colina legalidad, la colina huelga económica legal, la colina aumento de salarios, la colina constitución burguesa, la colina liberación de un héroe popular... Y lo peor de todo es que para ganar estas posiciones hay que intervenir en el juego político del estado burgués y para lograr el permiso de actuar en este peligroso juego, hay que demostrar que se puede estar dentro de la legalidad

burguesa. Hay que demostrar que se es bueno, que no se es peligroso, que no se le ocurrirá a nadie asaltar cuarteles, ni trenes, ni destruir puentes, ni ajusticiar esbirros, ni torturadores, ni alzarse en las montañas, ni levantar con puño fuerte y definitivo la única y violenta afirmación de América: la lucha final por su redención.

Contradictorio cuadro el de América; dirigencias de fuerzas progresistas que no están a la altura de los dirigidos; pueblos que alcanzan alturas desconocidas; pueblos que hierven en deseos de hacer y dirigencias que frenan sus deseos. La hecatombe asomada a estos territorios de América y el pueblo sin miedo, tratando de avanzar hacia la hecatombe, que significará, sin embargo, la redención definitiva. Los inteligentes, los sensatos, aplicando los frenos a su alcance al ímpetu de las masas, desviando su incontenible afán de lograr las grandes conquistas estratégicas: la toma del poder político, el aniquilamiento del ejército, del sistema de explotación del hombre por el hombre. Contradictorio, pero esperanzador, las masas saben que `el papel de Job no cuadra con el de un revolucionario` y se aprestan a la batalla.

¿Seguirá el imperialismo perdiendo una a una sus posiciones o lanzará, bestial, como lo amenazó hace poco, un ataque nuclear que incendie al mundo en una hoguera atómica? No lo podemos decir. Lo que afirmamos es que tenemos que caminar por el sendero de la liberación, aún cuando este cueste millones de víctimas atómicas, porque en la lucha a muerte entre dos sistemas, no puede pensarse en otra cosa que la victoria definitiva del socialismo, o su retroceso bajo la victoria nuclear de la agresión imperialista.

Cuba está al borde de la invasión; está amenazada por las fuerzas más potentes del imperialismo mundial y por ende, por la muerte atómica. Desde su trinchera que no admite retroceso lanza a América su definitivo llamado al combate; combate que no se decidirá en una hora o en unos minutos de batalla terrible, que podrá definirse en años de agotadores encuentros en todos los rincones del continente, en medio de atroces sufrimientos. El ataque de las fuerzas imperialistas y de las burguesías aliadas, pondrá una y otra vez a los movimientos populares al borde de la destrucción, pero surgirán siempre renovados por la fuerza del pueblo hasta el instante de la total liberación. Desde aquí, desde su trinchera solitaria de vanguardia, nuestro pueblo hace oír su voz. No es el canto del cisne de una revolución en derrota, es un himno revolucionario destinado a eternizarse en los labios de los combatientes de América. Tiene resonancias de historia.

Octubre-noviembre, 1962.

[*Verde Olivo*, 6 de octubre de 1968]

El enigma de Bolivia y la cuestión nacional inconclusa de Nuestra América

**[Fragmento del libro *En la selva*
(Los estudios desconocidos del Che Guevara en Bolivia)]**

Néstor Kohan

Que el marxismo del Che posee una tonalidad latinoamericanista, ácidamente crítica del eurocentrismo, está hoy fuera de toda discusión. Algunos para alabarlo y defenderlo, otros para insultarlo o cuestionarlo, todo el mundo acepta y reconoce esa perspectiva indisimulada que adquieren sus escritos, sus preocupaciones, sus reflexiones y su práctica política. Aunque partidario de la Revolución mundial y promotor de la insurgencia en todo el Tercer Mundo —de allí la consigna “*crear dos, tres, muchos Vietnam*”—, el eje principal de reflexión del Che Guevara está centrado en Nuestra América de José Martí y en la Patria Grande de Simón Bolívar, es decir, en los países y sociedades capitalistas subdesarrolladas, dependientes, semicoloniales y subordinadas al imperialismo que conforman América Latina. Es justamente en este continente donde se ubica el último país que lo vio combatir y caer con dignidad, Bolivia.

Sabido es que mucho tiempo antes de elegir a Bolivia como el primer terreno donde comenzaría la lucha en el sur de América y desde donde —en un estadio hipotético posterior de la guerra de liberación— partirían columnas guerrilleras que se abrirían de la “nave madre” hasta abarcar un proceso de lucha antiimperialista en todo el cono sur, el joven Ernesto Guevara había conocido aquel país apenas terminada la revolución de 1952. Por entonces, siendo todavía un jovencito itinerante, vivenció de primera mano el tratamiento que esa “revolución nacional” —siete años anterior a la cubana— ofrecía a los pueblos originarios. El Che la denominó irónicamente en sus primeras notas de viaje “*la revolución del DDT*”¹ porque los funcionarios estatales del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) fumigaban a los indígenas “para garantizar que no fueran portadores de ninguna enfermedad”. Eso le provocó ya desde muy joven una indignación tremenda.

Muchos años después, habiendo tejido lazos con distintos destacamentos y movimientos revolucionarios bolivianos (muchas veces enfrentados y peleados entre sí), el Che decide encabezar una experiencia guerrillera destinada en sus planes originarios a abrir todo un frente de lucha en el cono sur (es decir, no quedarse sólo y aislado en Bolivia y menos que nada encerrado a morir como un triste mártir suicida en zonas despobladas —como muchos de sus críticos erróneamente lo acusaron— sino avanzar con la insurgencia hacia los distintos países del cono sur incluyendo su Argentina natal a la que unos años antes había enviado a combatir a su compatriota argentino Jorge Ricardo Masetti [1929-1963]).

Contrariamente a esa imagen caricaturesca y ridiculizadora, que dibuja un Guevara completamente desinformado, “paracaidista” (que cae del cielo sin conocer el terreno) y casi suicida, que pretende llegar de improviso a un país que no conoce en lo más mínimo, el Che era un conocedor en profundidad de América Latina. Lejos de todo eurocentrismo y poniendo en ejercicio ese conocimiento empírico y vivencial acumulado, Guevara se propuso precisamente profundizar en la historia boliviana, indagar en el conocimiento de la conformación de su formación económico social, en el

¹ El DDT es un insecticida.

desarrollo de sus múltiples opresiones entrecruzadas y combinadas —las clasistas, las nacionales, las culturales y étnicas—. Para ello seleccionó en sus libretas una extensa serie de libros sobre esta problemática, axial en la historia de Nuestra América. Puede corroborarse ese tipo de preocupaciones específicas recorriendo brevemente algunos de los títulos de libros que figuraban en su lista de lectura:

Margarita Alexander Marx: *Nuestros banqueros en Bolivia* (octubre 1966)

Descripción de Bolivia. La Paz 1946 (octubre 1966)

Fombona: *El pensamiento vivo de Bolívar* (octubre 1966)

Boleslao Lewin: *Tupac Amaru, el rebelde* (octubre 1966)

Alberto Gutierrez: *La guerra de 1879* (octubre 1966)

Luis Leigue Castedo: *El Iténez salvaje* La Paz (octubre 1966)

Alejandro Lipschutz: *El indoamericanismo y el problema social en las Américas* (octubre 1966)

A.D'Orbigny: *El hombre americano* (octubre de 1966)

OIT (Ginebra 1953): *Informe de la misión conjunta de las Naciones Unidas y organismos especializados para el estudio de las poblaciones indígenas andinas* (octubre 1966)

Jorge Pando Gutiérrez: *Monografía estadística de la población indígena de Bolivia* (octubre 1966)

Luis Peñalosa: *Historia económica de Bolivia* (octubre 1966 y vuelve a aparecer anota en mayo de 1967)

Luis Peñalosa: *Historia económica de Bolivia II* (julio de 1967)

Fernando Ramírez Velarde: *Socavones de angustia* (octubre 1966 y vuelve a aparecer en marzo de 1967)

Petróleo en Bolivia (s/autor) (octubre 1966)

El cuento boliviano (selección) (noviembre 1966)

Bartolomé Mitre: *La guerra de las republiquetas* (noviembre 1966)

Julio Lucas Jaime: *La villa imperial de Potosí* (noviembre 1966)

Mario Rolón: *Política y partidos en Bolivia* (noviembre 1966)

M.L.Valda de Freire: *Costumbres y curiosidades de los aymaras* (abril de 1967)

Gualberto Pedrazas J.: *Idioma nativo y analfabetismo* (abril de 1967)

Luis Peñalosa: *Historia económica de Bolivia*. Tomo I (mayo de 1967) y Tomo II (julio de 1967)

De ese ambicioso plan de estudio y lectura (en la vida real sólo posible de ser realizado a lo largo de varios años y más si se pretende leer todo eso en medio de una guerra), destinado con precisión al “análisis concreto de la situación concreta”, en sus *Cuadernos de lectura de Bolivia* el Che dejó registro de la lectura y estudio de una obra en particular cuyo título resumía gran parte de sus preocupaciones: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*, escrita por Jorge Alejandro Ovando Sanz².

¿Quién es este autor elegido por el Che para indagar en ese problema crucial?

Jorge Alejandro Ovando Sanz [¿ - ?] es un ensayista boliviano, integrante del Partido Comunista de Bolivia.

El libro de Ovando constituye una tesis presentada al Certamen Anual de Ciencias Políticas y Sociales, convocado el 10 de abril de 1959 por la Municipalidad de Cochabamba. El haber obtenido el primer lugar en ese concurso, le permite a Ovando —quien lo presenta bajo el seudónimo de Oyam Ité Pachá— publicar su escrito. Su edición no es comercial. Tal es así que Antonio Terán Cavero, funcionario en jefe del Departamento de Cultura de dicha Municipalidad, prologa la edición. Según declaraciones del autor a la prensa de Cochabamba, incluidas en el volumen, Ovando declara haber estudiado la problemática de su ensayo durante 17 años. La redacción de su tesis le habría insumido tres años.

Dejando atrás aquel primer ensayo —más de una década después del asesinato del Che—, Ovando Sanz publica *Indigenismo* (La Paz, Librería Editorial Juventud, 1979); *Historia económica de Bolivia*. (La Paz, Editorial Juventud, 1981), *Mi guerrita del Chaco* (La Paz, Roalva, 1981); *El Tributo indígena en las finanzas bolivianas del siglo XIX* (La Paz, Universidad Boliviana, 1985. 565 p.); *La Ley agraria fundamental y el luminoso destino de los pueblos indígenas* (La Paz, Universidad Mayor de los Andes, 1988) y *Terminar cien años de ignominia colonial!: el tratado de 1904* (La Paz, Universidad Mayor de los Andes, 1989); todos textos donde mantiene las tesis fundamentales de su ensayo juvenil.

Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia, un inmenso trabajo de 470 páginas, traza el plano de la complejidad étnica y cultural de Bolivia, sociedad concebida por el autor como un Estado multinacional, donde simultáneamente se presenta la sumisión del país al imperialismo (principalmente el norteamericano) y el dominio social interno de la “nación boliviana” (étnicamente “blanca”) sobre el conjunto de pueblos originarios, sus nacionalidades, sus comunidades y sus grupos étnicos (aproximadamente 34, sometidos a los blancos y mestizos).

En las tesis de *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia* conviven interpretaciones originales del autor con la repetición de lugares comunes presentes en la historiografía stalinista del período. A lo largo del libro, y en la bibliografía, el autor cita en numerosas oportunidades manuales de la Academia de Ciencias de la URSS, textos de Stalin, declaraciones del Partido Comunista de la URSS y del Partido Comunista de Bolivia. También aparecen citas de Mao Tse Tung (hay que recordar que

² Véase Jorge Alejandro Ovando Sanz: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*. Cochabamba [Bolivia], Editorial Canelas, 1962. Muchos años después, esta misma obra fue reeditada aunque en forma reducida prácticamente a la mitad. La Paz, Juventud, 1984. 283 pp. (la primera edición tenía 470 páginas).

en esos años —cuando el autor redacta su tesis— el PC chino todavía no había roto con los soviéticos).

Entre las interpretaciones originales de Ovando merecen destacarse las hipótesis sobre la amalgama, coexistencia, jerarquía y dominación de nacionalidades al interior del Estado-nación boliviano, surgido posteriormente a la colonia española. En ese plano el autor aborda Bolivia desde un ángulo plurinacional y multicultural (concepción expresada por Ovando mucho antes de que se pusiera de moda el multiculturalismo como filosofía académica de nuestros días y sugiriendo algunas líneas teóricas e hipótesis que luego se generalizarán en la obra de pensadores originales como René Zavaleta Mercado³, entre otros). No casualmente, algunas de estas aproximaciones volverán a aparecer décadas después —por vías, citas, referencias y argumentaciones distintas a las de Ovando— en movimientos de resistencia indígena, tanto en Bolivia, como en Ecuador o en México.

Por contraposición con esas hipótesis sugerentes y seductoras que sobrevivieron a lo largo del tiempo, entre los lugares comunes de su libro que se llevó el viento se encuentra el invento —no de Ovando, sino de todo el stalinismo latinoamericano— de un supuesto “feudalismo continental”. Para no dejar lugar a dudas, Ovando sostiene en su prólogo que “*El desarrollo del **feudalismo boliviano**, de la formación de la gran propiedad terrateniente (masivo a partir de 1880 solamente) y del capitalismo en la agricultura (más reciente aún) fueron procesos ligados a la opresión de los usurpadores bolivianos sobre los pueblos indígenas y sobre el pueblo boliviano mismo*”. Es decir que, para el autor, antes de 1880, las principales relaciones sociales de Bolivia eran... ¡feudales!

Veinte años después de su primer ensayo, en 1981 (con el Che ya muerto), Ovando Sanz seguía defendiendo la tesis del “feudalismo boliviano”, desde la colonia hasta 1880. En el mencionado libro, *Historia económica de Bolivia*, sostenía: “*Otro elemento de juicio que permite distinguir la supervivencia del tributo [indígena] surge del análisis de la ley de 15 de agosto de 1880 que estableció el impuesto predial rústico y urbano [...] Si hipotéticamente el proceso de división de tierras de comunidad hubiese quedado simplemente en la operación de división, se habría creado en Bolivia un tipo de economía agraria suficientemente libre capaz de proporcionar al Estado fuertes recursos por la vía del impuesto predial rústico. Pero la subsiguiente e inmediata usurpación de las tierras indígenas y su concentración en manos de latifundistas blancos determinó la **ampliación y consolidación de un régimen feudal** que empeoró la situación de los campesinos indígenas, condenados a la condición de colonos*”⁴.

De semejante tesis sobre el “feudalismo”, Ovando infiere en *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia* que las tareas sociales de la futura revolución de su país deberían ser —todavía en 1960...— “antifeudales” y “antiimperialistas”. Nada distinto a lo que promovía en Argentina el principal dirigente del PC Victorio Codovilla o la

³ Véase por ejemplo René Zavaleta Mercado: *Clases sociales y conocimiento*. La Paz-Cochabamba, Editorial “Los amigos del libro”, 1988. Colección Obras Completas. pp. 60 y 73. En esos pasajes Zavaleta —sociólogo y ex director de FLACSO, de gran prestigio académico e intelectual— menciona y cita a Ovando como expresión de nuevos intereses sociológicos en Bolivia referidos a la “cuestión nacional”. Dicho sea de paso, es una verdadera lástima que un pensador tan sugerente y riguroso como Zavaleta, cuando se trata de reflexionar sobre Bolivia, sus clases y sus movimientos sociales, sea tan apresurado y precipitado a la hora de evaluar la insurgencia del Che Guevara. Véase *Clases sociales y conocimiento*. Obra citada. p. 66.

⁴ Véase J.Ovando Sanz: *Historia económica de Bolivia*. Obra Citada. p.251.

mayoría de los PC latinoamericanos de por entonces⁵. Dividiendo la revolución por etapas —como planteaba Stalin— Ovando Sanz sostiene que la primera etapa de la revolución boliviana será “democrática, de liberación nacional”, mientras que recién la segunda será “socialista”.

De esta conjunción y superposición de hipótesis originales propias y lugares comunes habituales (tomados prestados de la bibliografía stalinista por entonces al uso), Ovando extrae una conclusión taxativa y provocadora: “*La Reforma Agraria de 1953 no fue nada más que una medida de carácter político destinada a evitar una verdadera reforma agraria en Bolivia [...] La Reforma Agraria en sus resultados generales, prácticos, ha sido una medida pro-imperialista, pro-norteamericana, antes que favorable a los propios campesinos*”. Allí se inscribe su singular interpretación de la revolución boliviana de 1952. En su libro Ovando Sanz se muestra extremadamente crítico con las medidas agrarias que el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) aplicó luego de la revolución popular del 9 de abril de 1952.

A pesar de su voluminoso libro *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia* Ovando Sanz no tuvo una influencia importante en el debate posterior de la izquierda boliviana o sudamericana. Ni en su propia corriente ni en las opuestas (aunque algunas pocas de las opuestas lo citaron).

Por ejemplo, uno de los intelectuales trotskistas históricos de Bolivia, el dirigente del POR (Partido Obrero Revolucionario) Guillermo Lora [1921-2009], autor de las célebres Tesis de Pulacayo (1946) de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia, crítico tanto de la tradición del PC boliviano en la que se inscribe Ovando Sanz como de todo el indigenismo —incluido el marxismo indigenista—, ni siquiera lo menciona, aunque sea para criticarlo, en su libro sobre las naciones originarias de Bolivia publicado en ocasión de los 500 años de la llegada de Colón a nuestro continente. Aunque Ovando Sanz no haya sido un gran teórico de renombre, llama la atención esa ausencia si tomamos en cuenta que Lora coincide plenamente con la tesis central de Ovando al caracterizar al Estado boliviano como “*un Estado opresor de las nacionalidades aymara, quechua, tupi-guaraníes, etc.*”⁶.

Quien en su época sí prestó atención detallada a las tesis de Ovando Sanz fue el ensayista argentino de la izquierda nacional Jorge Abelardo Ramos [1921-1991]. Aunque Ramos tenía un origen trotskista, fue inclinándose a lo largo de su prolongada trayectoria política, cada vez más, hacia el nacionalismo peronista hasta culminar siendo un nacionalista a secas⁷.

En su ensayo “Bolivarismo y marxismo” Ramos se detiene en el análisis de la obra y las tesis de Ovando Sanz⁸.

Si en el prólogo de su libro Ovando Sanz reconocía explícitamente que “*en nuestro trabajo se cita con demasiada frecuencia a Stalin. Es necesario tomar en*

⁵ Una de las pocas excepciones fue el caso del historiador Caio Prado Junior del PC brasileiro, quien tuvo una lectura distinta de la tesis tradicional del “feudalismo” latinoamericano. Véase Caio Prado Junior y Florestan Fernandes: *Clásicos sobre a revolução brasileira*. São Paulo, Expressão popular, 2002. pp.25-54.

⁶ Véase Guillermo Lora: *Liberación de las naciones oprimidas. 500 años de opresión ¡Basta!* La Paz, La Colmena, 1992.

⁷ Para una reconstrucción más detallada de la producción intelectual de Ramos véase nuestro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Particularmente el capítulo: “Jorge Abelardo Ramos, la pedagogía «nacional»”. pp.225-243.

⁸ Véase J.A.Ramos: “Bolivarismo y marxismo”. Originariamente publicado en *Historia de la nación latinoamericana* [1968], incorporado luego a *El marxismo de Indias*. Barcelona, Planeta, 1973. pp.204-296.

consideración que tal cosa no ha sido hecha con una intención predeterminada, sino sencillamente porque no teníamos a nuestra disposición otros textos de los clásicos marxistas acerca del problema nacional y colonial”, eso no le molesta a Ramos en lo más mínimo. Porque este último, a pesar de declararse trotskista y de haber publicado gran cantidad de libros de Trotsky (incluyendo la edición de *Historia de la revolución rusa* que Guevara lee en Bolivia), no tiene empacho en afirmar, con entusiasmo, que “*El artículo de Stalin [se trata de El marxismo y el problema nacional y colonial. N.K.] es el mejor que ha salido de su pluma*”.

La discrepancia de Ramos con Ovando no pasa entonces por Stalin. Lo que en su interpretación más le molesta a Ramos es que el boliviano planteó que su país constituye un Estado opresor de las nacionalidades originarias de los pueblos indígenas. En el ejemplar del libro de Ovando subrayado de puño y letra por Ramos —hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donado por su hijo— encontramos que el historiador argentino remarca una y otra vez aquellos pasajes donde el boliviano discute la conformación nacional de Bolivia. También subraya aquellos tramos en los cuales Ovando impugna la tesis —compartida por Ramos— del boliviano Ñuflo Chávez, donde este último defiende “*la Teoría del Estado Nacional Latinoamericano*”⁹.

Luego, en sus críticas, Ramos afirma: “*Un teórico del stalinismo boliviano, Jorge Obando [sic] [en su libro Ramos lo escribe siempre con “b” y no con “v”. N.K.], realizó un recuento de la estructura «nacional» de Bolivia y descubrió que esta república era un «Estado multinacional». La «nacionalidad boliviana dominante» oprimía a 34 nacionalidades, tribus y esquirlas etnográficas «subyugadas» por aquella*”. **Justamente lo que más le interesó al Che Guevara al leer el libro de Ovando, es decir, la tesis sobre el carácter plurinacional de la sociedad boliviana, es lo que más indigna a Abelardo Ramos.** Pero Ramos no se detiene allí. Enojado e irritado por las tesis del libro que critica, agrega: “[Ovando] *exige que las lenguas quechua y aymará (que ni en los tiempos de mayor esplendor del imperio incaico, ni mucho menos ahora, contaron con una escritura) sean elevadas a la categoría de lenguas nacionales de los bolivianos que las hablan todavía, a la par del castellano*”.

Este exótico historiador nacionalista, que tenía el raro hábito de decorar con citas de Trotsky sus apologías del general Julio Argentino Roca (exterminador de varios pueblos originarios en Argentina) y de otros militares genocidas del mismo calibre, remata su análisis del libro de Ovando Sanz afirmando: “*Ahora bien, si como Engels dice «la conquista española cortó en redondo la evolución» del incario, este hecho histórico, dejando a un lado los aspectos morales de la cuestión, sólo puede ser compensado por la elevación del indio campesino a la civilización moderna y a la cultura occidental, por medio de la lengua española*”. Al leer esto no podemos sentir menos que vergüenza ajena...

Hacemos referencia al curioso análisis que Abelardo Ramos aplica al texto de Ovando Sanz leído por el Che solamente para ilustrar una de las no abundantes repercusiones que ese libro alcanzó dentro de la intelectualidad del cono sur y de América Latina en su conjunto.

Quien sí se ocupó de Ovando y su libro en su propio país, algunos años después del Che, fue uno de los principales ideólogos del indianismo: Fausto Reinaga [1906-¿?].

Este intelectual boliviano se forma en su juventud en el socialismo y el marxismo, incluso viaja a la Unión Soviética. Pero se va desencantando del marxismo y se acerca rápidamente al nacionalismo populista del MNR; estación ideológica

⁹ Véase Ovando Sanz: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*. Obra Citada. pp.385 y ss.

transitoria pues en su exilio argentino conoce personalmente a Víctor Paz Estensoro, de quien termina teniendo la peor opinión (escribe un virulento folleto en su contra). Paulatinamente Fausto Reinaga va radicalizando sus críticas tanto al liberalismo como al nacionalismo del MNR y al mismo tiempo al Partido Comunista Boliviano hasta terminar fundando un Partido Indio de Bolivia (PIB). Tratando de fundamentar esa organización, escribe su principal y más extensa obra: *La revolución india*¹⁰.

En ella, a pesar de indignarse por la (inocultable) traición del PC boliviano al Che Guevara, Reinaga arremete contra todo el marxismo en general, incluyendo en sus insultos y reproches a la Revolución Cubana, la insurgencia y las distintas corrientes de la izquierda boliviana. En esa andanada de insultos, donde lo que sobresale no es el rigor sino la indignación contra el blanco-mestizo, expresada con una prosa encendida y donde afloran muchos lugares comunes del populismo, resignificados ahora desde el ángulo indianista, Reinaga hace referencia a la investigación de Ovando *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*¹¹.

Lo que Reinaga le reprocha a Ovando es, paradójicamente, no limitarse a la cuestión de la clase —como haría el marxismo economista tradicional— y hablar en su libro de “nacionalidades indígenas”. Reinaga culmina su crítica al libro de Ovando afirmando: “¿En qué quedamos? El indio es, «clase campesina» o «nacionalidades indígenas»”?¹².

Que a pesar de las citas infaltables de Stalin y de la trillada e insostenible tesis del supuesto “feudalismo”, Ovando haya podido superar el esquematismo economicista y reflexionar sobre las nacionalidades indígenas del Estado plurinacional y multicultural de Bolivia es un mérito. Fue justo esa parte de la investigación la que más le gustó al Che Guevara (a pesar de la mirada crítica que éste ejerce sobre el libro de Ovando).

Resulta por eso escasamente comprensible que un ensayista académico tan erudito como Álvaro García Linera (actual vicepresidente de Bolivia), a la hora de historiar las grandes “concepciones del mundo” operantes en Bolivia, cuando hace referencia a esa etapa del marxismo boliviano se despache liviana y alegremente caracterizándolo como “*marxismo primitivo*”¹³. Una diatriba seductora pero superficial, sesgada, esquemática y simplificadora, ya que en dicho ensayo —el de Ovando— conviven, sí, núcleos tradicionales (como el etapismo y la tesis indemostrable del “feudalismo”) con otras dimensiones inesperadas y originales, que sólo varias décadas después harán suyas los partidarios de la posmodernidad, el autonomismo y el multiculturalismo académico.

¿Por qué la temática tratada en ese libro le interesaba al Che? Por varias razones que podríamos enumerar del siguiente modo:

a) El Che desarrolla a lo largo de toda su producción marxista una mirada crítica del eurocentrismo, tanto en su lectura de los clásicos —hay que recordar su crítica a Marx por su incompreensión de Bolívar y a Engels por el tema de las razas— como en sus

¹⁰ Véase Fausto Reinaga: *La revolución india* [1970]. La Paz, Fundación Fausto Reinaga, 2001.

¹¹ Véase Fausto Reinaga: *La revolución india*. Obra citada. pp.51, 164, 458 y 467.

¹² Obra citada. p. 164.

¹³ Véase Álvaro García Linera: “El desencuentro de dos razones revolucionarias: indianismo y marxismo”. En *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano* N°3, Buenos Aires, CLACSO, diciembre de 2007. También publicado en Revista *Pensamiento Propio* N°2, La Paz, Bolivia, junio de 2008. pp. 13-24.

polémicas con la ideología imperante en la URSS, condensadas en sus *Apuntes críticos a la economía política*;

b) Guevara prolonga su cuestionamiento al eurocentrismo también hacia el etapismo que lo lleva implícito (lectura errónea que creía que lo que había sucedido en Europa occidental debía suceder luego en todo el mundo (“*De te fabula narratur*” [la fábula habla de ti] había sentenciado Marx en uno de los prólogos a *El Capital*, dando pie a ese tipo de análisis);

c) En el planteo del Che sobre el carácter socialista de la revolución latinoamericana y su rescate de la herencia de Mariátegui hay una reflexión subyacente, a veces, explícita, otras, sobre el carácter inacabado y abierto de la nación latinoamericana, el proyecto bolivariano inconcluso de “la Patria Grande”;

d) El terreno de lucha principal que sugiere el Che abarca todo el Tercer Mundo (desde Vietnam y el Congo hasta Bolivia y toda América Latina), donde los problemas de la dependencia económica y el subdesarrollo se entrecruzan con los problemas nacionales, coloniales, culturales y la dominación de clase;

e) El Che denuncia el “intercambio desigual” ya no sólo en el comercio de los países semicoloniales con los países imperialistas sino también entre el Tercer Mundo, la URSS y China.

De todos estos análisis y tesis se infiere que una de las preocupaciones centrales que recorren todo el pensamiento político del Che gira en torno al siguiente interrogante: ¿Cómo se entronca el marxismo —en tanto teoría y política— con el Tercer Mundo, el mundo subdesarrollado, dependiente y periférico y su problema nacional inconcluso?

Al interior de ese Tercer Mundo, como terreno privilegiado de confrontación antiimperialista y anticapitalista, se encuentra el caso específico de Bolivia.

Allí se inscribe su interés enfocado en la lectura de esta obra *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia* de Ovando. En esa preocupación del Che volvemos a chocarnos con esta inquietud y este esfuerzo permanente por abordar la teoría marxista desde las coordenadas de las periferias y el Tercer Mundo. El problema general entonces gira en torno al eurocentrismo, a la revolución en los países dependientes, semicoloniales, subdesarrollados y periféricos y al problema nacional inconcluso.

El abordaje específico atañe, en el caso de Bolivia, a un problema “extra”. A la dominación imperialista y la dependencia sobre la nación oprimida se agrega el colonialismo interno y la dominación sobre los pueblos originarios y la imposición de la nación “blanca” sobre otras comunidades y nacionalidades. ¿Será quizás por eso que los cinco comunicados del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia redactados por el Che no terminaban con su tradicional consigna política “Patria o muerte” que había aprendido en Cuba? ¿Cómo habría que pensar la “patria” —si no es la Patria Grande— en una sociedad con semejante ordenamiento y combinación de dominaciones, no sólo imperialistas sino también de las nacionalidades internas?

No sabemos fehacientemente cómo llegó a las manos del Che el texto de Ovando. Quizás, su lectura fue sugerida por algunos de sus compañeros en la guerrilla del ELN provenientes del PC boliviano (aquellos que, desoyendo al esquivo secretario Mario Monje, lo apoyaron decididamente hasta el final). Nunca lo sabremos. Pero lo cierto es que la temática central del libro entraba de lleno dentro del arco de intereses del Che, preocupado sobremanera por aprender en serio y a fondo todo lo que pudiera sobre la historia, la idiosincrasia y la cultura de los pueblos que habitan Bolivia.

¿Qué subrayó el Che Guevara en el libro de Ovando Sanz? ¿Qué fue lo que más le interesó?

En sus *Cuadernos de lectura de Bolivia* el Che destaca del libro de Ovando dos ideas principales:

En primer lugar que todos los terratenientes y propietarios ricos están ligados en la explotación común de los pueblos indígenas y las clases sociales desposeídas. Esta tesis, seguramente fue compartida por el Che, quien habitualmente se incomodaba cuando le proponían diferenciar “explotadores malos” de “explotadores buenos”...

En segundo lugar, destacó y reprodujo las limitaciones insalvables en la Reforma Agraria de 1952 que encuentra el autor ya que más de una década después los propietarios agrarios ricos siguen siendo los mismos de antes. Esta segunda tesis también seguramente la compartió el Che, pero le exigió al autor mayor demostración empírica, la utilización de estadísticas, etc.

Por último, subrayó la insistencia de Ovando en el carácter feudal de semejante explotación. Es más que probable que el Che rechazara esta tesis.

Como punto de llegada de todo lo anterior, su evaluación general del texto es la siguiente: “*Libro monocorde, con una tesis interesante sobre el tratamiento de Bolivia como Estado multinacional y el [incomprensible la escritura de esta palabra.... quizás diga “¿y el resto?” N.K.], aquí expresa de que la Reforma Agraria boliviana es un mito, cosa que habría que investigar más a fondo y estadísticamente. Se pudo haber hecho un folleto de 50 pgs. pero el autor nos obsequia con 450, desilvanadas, repetidas y con profusión de citas*”.